

de Tacubaya, Márquez ordenó que fuesen fusilados los prisioneros de categoría : jefes, oficiales, médicos y paisanos. Su parte oficial del combate, dado el mismo día once, no deja lugar á duda ninguna. El general Miramón, que llegó á presenciarse el triunfo de su émulo, pudo ordenarle luego el sacrificio de los jefes y oficiales; esto entraba, por cierto, en su política de guerra sin cuartel exacerbada por el completo fracaso de Veracruz; ya Márquez, según él mismo, lo había hecho; pero Miramón seguramente no pensó ni en los médicos ni en los paisanos que, como el Sr. Jáuregui, ni estaban en el campo de batalla, ni tenían connivencia alguna con los liberales, aun cuando participaran de sus ideas; fué la misma atrocidad cometida en Jalisco con Herrera y Cairo. No, no hay necesidad de dividir con otros la responsabilidad del general Márquez en estos actos inhumanos que pusieron en la frente de la reacción la marca de los grupos que están fuera de la civilización. El general Márquez quiso luego arrojar de sí esa responsabilidad, pero en el momento mismo no pensó en eso; al contrario; sus decretos de Guadalajara sentenciando á muerte á todo el mundo, á poblaciones enteras, á burgueses y proletarios, por sospechas, por actos corrientes de la vida que pudieran ser interpretados como hostiles, aunque fuera en idea, al Gobierno de la reacción; decretos que fueron frecuentemente ejecutados con pavoroso celo, lo habían clasificado entre los tipos de presa que engendra el fanatismo, que, por lo hondamente que remueve el barro de las pasiones, saca á la superficie la fiera implacable escondida en el fondo del alma; era un Duque de Alba, un Mouravief, era de esa familia al menos. La Iglesia mejicana lo ensalzó con tedeums, lo embriagó con inciensos, lo cubrió de ósculos (no hacemos frases retóricas, reproducimos LITERALMENTE la verdad de los hechos); ¿qué más quería, qué más quiere? Convencido como debe estar, si es que vive, si es que materialmente vive, de que la ejecución de los médicos de Tacubaya fué un supremo esfuerzo en favor de su religión, morirá creyendo que todo lo sacrificó á sus compromisos con el cielo. Dejemos, pues, entera sobre su cabeza, sobre su tumba, sobre su memoria, la sangre derramada; toda le pertenece, es su patrimonio. No puede esperar, sin embargo, que creamos que es el patrimonio de Abel. Abel vivió poco, Caín fué un longevo.

¶ El partido reformista triunfó con la hecatombe de Tacubaya; hizo lo que los corifeos de las grandes conmociones urbanas : pasear los cadáveres por las calles clamando venganza. El terrible folleto de Zarco, el decreto de Degollado pensando á los herederos directos de las víctimas en nombre de la República, las descripciones, escritas á sangre y fuego, del horrendo crimen, pusieron las lágrimas en todos los ojos, hicieron vibrar de indignación todos los corazones; pronto tuvieron los mártires una leyenda; las frentes de aquellos muchachos sacrificados irradiaban como los astros al través de la tumba. La reacción, impotente en Veracruz, acababa de ver colocar el reconocimiento de Juárez hecho por los Estados Unidos en los momentos en que Miramón renunciaba al sitio, como un escudo de hierro entre la Reforma y las intervenciones europeas, y, perdida la esperanza por ese lado, se encontraba con que un acto digno de las hordas cuaternarias, convertía la victoria militar de Tacubaya en una inexpiable derrota moral.

Los ejércitos liberales se rehacían en Michoacán, en el Sur de Jalisco, en Zacatecas, en Sinaloa, en la Frontera septentrional. Casi todas las aduanas estaban en poder del Gobierno constitucional; en cambio, el Gobierno de Miramón poseía los centros urbanos de mayor importancia con excepción de Veracruz. La fuerza tornaba rápidamente á equilibrarse. ¿Quién triunfaría? Aquel que tuviera el poder de renovarse.

II. HASTA MAYO DE 1860

Al mediar el año de 59, la guerra tenía el grandioso aspecto trágico de un suicidio nacional. Lo que con impropio esfuerzo y gracias á trescientos años de sumisión á un poder central, que representaba el poder absoluto de un monarca, se había mantenido unificado, ahora se desintegraba rápidamente.

Falto de brazos, falto de seguridad, falto de intercambio, el trabajo nacional se había convertido casi en puramente local; apenas fecundizaba la circulación en el cuerpo de la República; ese cuerpo sin nutrición se consumía por agotamiento. El comercio lícito también apenas existía; el contrabando y el fraude lo dominaban; las fuentes normales de que tomaba el fisco sus elementos estaban cegadas: el deficiente, no de los gastos administrativos, que esos estaban abandonados á su suerte, sino de los gastos militares (la nación era un campamento), se cubría con los préstamos forzados, con las contribuciones extraordinarias, ricas en expropiaciones y vejámenes, con las capturas de CONDUCTAS, con los préstamos al clero por los unos, con las confiscaciones de los bienes de la Iglesia por los otros. Todas estas entradas anormales y facticias formaban un campo de operaciones para el agio, el rey de los fiscos en bancarrota, de los países en desorganización, de las podredumbres sociales, el ave de las tumbas, el TECOLOTL de los supersticiosos aztecas.

Y era un suicidio, porque nadie era capaz de prever el resorte que podría poner en juego la sociedad mejicana para recobrar un momento el imperio de sí misma, para alejar la pesadilla, para despertar, para romper su cadena y marchar; se sentía en el ambiente social una resignación entrecortada por las convulsiones espasmódicas de la guerra; pasadas éstas, todo volvía á la resignación fatalista, á la somnolencia hasta en el odio, á la pereza moral, elemento constitutivo de nuestro carácter.

En todos los Estados de la República batallaban MOCHOS contra CHINACOS, exceptuando en Yucatán, uno de los Estados en que tuvieron su cuna las ideas reformistas y que entonces, ya dividido en dos entidades en combate, y á pesar

de que en él vivía el apego al progreso que le habían infundido en la sangre los Morenos y los Velázquez, se dedicaba más á espiar las correrías de los salvajes mayas que incendiaban las haciendas y maltrataban las poblaciones, manteniendo á la península entera bajo una impresión de terror indecible, que á procurar el triunfo de las ideas nuevas.

El resto de la nación ó luchaba ó se preparaba á luchar; la lucha era social en el fondo, no sólo porque se trataba de una subversión total en el régimen de la propiedad, haciendo desaparecer LA MANO MUERTA y substituyendo á la propiedad en común de los terrigenas, la propiedad puramente individual (que es lo que se ha llamado «el error capital de la Reforma» sin justicia quizás), sino porque la acción, por extremo imprudente y rayana en insensata de los jefes de la Iglesia, se hincaba en el empeño de que la brega política y social tomase, á todo trance, el aspecto de una lucha religiosa; así es que, no sólo la escisión apasionada comenzaba entre grupos diversos de familias, sino en el seno de las familias mismas, en donde entre hermanos y entre hijos y padres tomaban las disidencias un tinte de sangre. Amenazaba, pues, las fuentes mismas de la vida nacional una guerra que se prolongaba sin perspectivas ni de fin ni de transacción. Y esto mismo indicaba el cambio inmenso que se había verificado en la orientación del sentimiento nacional: mientras lucharon Santa Anna contra Bustamante, Herrera contra Santa Anna y Paredes contra Herrera, el movimiento nacido en los cuarteles acababa con un pacto que daba cabida á todos en el Presupuesto y con unas cuantas ceremonias en la Catedral y el Palacio. Ahora no se veía transacción posible, ni la personalidad de Juárez entraba en la reyerta sino por lo que representaba, ni había ceremonias posibles en la Catedral. La lucha entre el federalismo y el centralismo entraba al segundo término; se trataba de una lid con más altos pendones, la lid entre el Estado y la Iglesia, la constitución de la sociedad laica.

Mas todo ello era profundamente agotante: el trabajo nacional, es decir, la agricultura, la industria, el comercio, la minería, apenas bastaba á las necesidades de la vida nacional.

Las HACIENDAS, perennemente saqueadas al principio por las tropas en marcha que vivían sobre el país para no morir de hambre, lo fueron luego por las guerrillas y las gavillas de bandoleros, que sabían confundirse con las primeras y con quienes había que hacer pactos y á quienes precisaba servir IGUALAS de ganados, maíz y otros por el estilo, sin contar los tributos de dinero. Algunos hacendados trataban de defenderse; no faltaron heroísmos oscuros en estas defensas contra los ladrones, pero sucumbían siempre; era mejor transigir. Eso sí, ¿se trataba de un reaccionario? La mayor parte de los propietarios lo eran; pues, ¡sus, á ellos! decían los chinacos, y la hacienda expoliada, saqueada, inutilizada, quedaba improductiva para todos, cuando el incendio no la destruía para siempre. ¿El dueño era un liberal? Pues á perseguirlo á muerte, decían los Márquez, los Vicarios, los Cobos, los Callejos, y así era. Resultado general: apenas se sembraba, se cosechaba apenas; las tierras casi siempre permanecían yermas; los peones se escondían, ó se los llevaba LA LEVA ó los arrastraba LA BOLA (tan gráfi-